

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid estudio@arocaarquitectos.com
914482505

Título **Rafael Baltar**
Autor Ricardo Aroca
Cajón de recortes
Medio Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.
Mayo de 2011
Fecha Septiembre 2010

unas veces y casi copiándose a sí mismo otras.

La frecuencia de su obra fue disminuyendo y cuando muchos años después volvió a aparecérseme, con más frecuencia como persona, pensé que él había cambiado pero ahora creo más bien que el que había cambiado era yo. En las Juntas anuales de accionistas de El País, en las que ahora me tocaba a mí ser el que hablaba, nos unía el interés por el periódico y el desinterés por Prisa como negocio.

Nunca congenió con la Escuela de Arquitectura, incluso siendo Sáez de Oiza Director y yo Subdirector se encerró unas navidades en solidaridad con los suspensos del proyecto Fin de Carrera; no hicimos nada y acabaron cansándose todos.

Cuando demolieron Laboratorios Jorba y más tarde cuando negociábamos con el Ayuntamiento qué podría quedar de Laboratorios Alter o con el Ministerio de Hacienda su intervención en la reparación de uno de los edificios de Investigaciones Científicas, me sorprendió el desapego con el que hablaba de su obra, en paralelo con el que demostraba sobre su propia existencia.

En la cremación de Ramón Vázquez Molezún (el otro gran dominador de la esencia de la construcción que he tenido la fortuna de conocer y tratar, y no es fácil imaginar personalidad más opuesta a Fisac en todo lo demás), Miguel pronunció una oración como no he oído ni espero oír en mi vida, modelo de estoicismo y conformidad con la muerte y a la vez llena de alegría.

Cuando visité con él el Instituto de Investigaciones Hidrológicas junto al Manzanares (conservado con parsimonia y cariño hasta en el mobiliario) para poner una placa, o cuando pronunció la conferencia de la semana de la arquitectura 2005 aquí mismo, seguía lúcido como siempre, pero su vigor empezaba a apagarse asediado por los años, mientras en paralelo su casa hecha por él en el Cerro del Aire y compartida tantos años con Ana María era asediada sin piedad por el crecimiento de Madrid.

Trabajó hasta el final intentando hacer su arquitectura contra viento y marea y consiguiéndolo con frecuencia; murió en su casa de siempre rodeado de su familia después de una vida de una pieza, sin fisuras adornos ni adjetivos. Reposa en un cementerio de pueblo con su hija muerta prematuramente, bajo un pino plantado por él y una lápida que él mismo diseñó, vivirá en nuestro recuerdo mientras vivamos los que le conocimos.

Rafael Baltar |septiembre, 2010

Era algún año mayor que yo y además había ido a una academia de dibujo distinta. En los tiempos del ingreso las primeras amistades se hacían en las academias, (yo conocía a Manolo Gallego porque también había ido a Bernaechea, donde hacíamos un dibujo austero y considerábamos amanerados a los de las otras academias).

A Rafael y a mí, nos unió el orden alfabético que determinaba la mesa de dibujo, donde pasábamos la mayor parte de nuestra vida, bien es verdad que hablando, mucho más que dibujando.

Mi colega de delante era un vasco taciturno que además solía estar bebido, y detrás estaba Rafael seguido de Enrique Burkhalter también fallecido, que fue muchos años socio mío de estudio.

Congeniamos enseguida, probablemente porque éramos muy distintos y yo apreciaba su fina ironía gallega y su capacidad de ver las cosas siempre de otra forma, mientras que él era tolerante con mis crueles sarcasmos, nada finos por otra parte.

Aún me parece verle cuando en una discusión movía la cabeza y exagerando el acento gallego daba un giro completamente surrealista al tema.

Discutir con él ayudaba a entender el que cualquier cuestión podía mirarse desde otro punto de vista, aunque uno aprendía pronto, que si se había formado una opinión era completamente imposible que la cambiara; si se le presionaba admitía: "no, si eso también puede ser pero.....", y si se le presionaba más, intentaba convencerte que lo que tú decías era lo mismo que él estaba diciendo.

Yo le decía que era una especie de gallego transparente como esas figuras de anatomía en que se transparentan huesos, músculos, arterias, etc.; uno tenía a veces la impresión de que podía ver cómo las ideas le daban vueltas por los circuitos del cerebro, para decir algo de forma que a su interlocutor no le pareciera completamente rechazable, si no le parecía probable que fuera a estar de acuerdo.

Recuerdo una vez que Oiza nos había puesto como tema un "foro universitario", naturalmente sin programa (nadie sabía que podía ser aquello), en un desnivel a la izquierda de la avenida central de la ciudad universitaria (donde años después se construyó el bodrio de hormigón visto de la facultad de Ciencias de la Información).

Con Oiza era una cuestión elemental, ser lo menos concreto posible, pero llegaba el momento en que no había más remedio que había que dibujar algo. Rafael produjo una serie de líneas relativamente paralelas y resolvió el problema de la cantidad de trabajo, haciendo varias reproducciones heliográficas (en aquella época hacían maravillas en todo tipo de papel y con incontables tonos de sepia) del mismo dibujo, con las que tapizó las paredes de su cubículo (en el último curso disfrutábamos de ese lujo asiático).

Oiza se detuvo, y desoyendo a Vázquez de Castro que comentaba:

“¡A ver cuando le vemos hacer un esfuerzo que no sea de tipo económico!, expresó su interés por aquello que tenía la virtud de ser lo suficientemente abstracto como para excitar su imaginación.

¿Son curvas de nivel de unas bóvedas? - ¡Desde luego!

¿O son los bordes de una serie de bandejas? - ¡Precisamente eso!

Muy bien pero, ¿Cuál de las dos cosas? - Tráigame mañana una sección.

La sección, resultó ser una bóveda con unas bandejas horizontales pegadas, afortunadamente - los demás no habíamos dibujado ni eso- se acabó anulando el ejercicio.

Aunque me parece estarlo viendo con esa mezcla de ingenuidad y obstinación y esa capacidad de dar un giro surrealista a cualquier situación, no me es posible hacer un juicio crítico de su persona ni de su capacidad como arquitecto; para mí ha sido siempre un amigo al que me es tan difícil mirar desde fuera como a mí mismo.

Hemos vivido juntos no pocas borracheras (se suponía que, salvo Le Corbusier, que tenía otros vicios, cualquier arquitecto que mereciera la pena, empezando por Alvar Aalto, bebía como un cosaco), cantidad de noches en la escuela a la que íbamos con el propósito de trabajar, pero salvo que fuera la última noche antes de la entrega, no había manera y acabábamos con la botella de 103 etiqueta negra; y dos viajes inolvidables a trabajar unos meses en París y en Turquía.

Entre las muchas cosas que le debo (alguna, como no tomarse muy en serio a uno mismo, no llegué a aprenderla del todo) están estos dos viajes en una época en que no era tan fácil salir de nuestro país.

Después de acabar la carrera no nos vimos mucho; recuerdo de algún encuentro cuando ya se había establecido en Santiago, en el que hizo un merecido elogio de la ciudad y de la calidad de vida en comparación con Madrid y terminó; “*por eso vosotros no venís nunca por Santiago y yo voy a Madrid todo lo que puedo*”.

Glosa a Juan Miguel Hernández León. De un retrato al siguiente

octubre, 2008

Me ha pedido nuestro nuevo Director que pronuncie desde mi retrato unas palabras en la imposición de la medalla de la escuela a Juan Miguel Hernández León, que ha ejercido el cargo entre ambos y que pase en este momento a ser el retrato siguiente.

No es un encargo fácil dada mi gran amistad con el homenajeado; mientras que por una parte me regocija tener ocasión de demostrarle en público mi afecto, por otra temo no ser capaz de estar a la altura de las circunstancias.

Vamos a colgar en esta sala el retrato número 26 del que creo hace el número 29 de los Directores de esta venerable institución, faltan al parecer tres retratos como he sabido recientemente. Sólo tres Directores Aparici, López Otero y Canosa han ostentado el cargo más tiempo que Juan Miguel (D. Modesto López Otero tiene el record imbatible de 18 años).

De ellos he conocido personalmente a 12 contando al actual, que hará el número 30 (desde D. Pascual Bravo, autor del proyecto de este edificio que con tanta dignidad ha llevado el paso del tiempo).

No es poco honor figurar en esta exclusiva galería de retratos; confieso que allá por el año 91 del pasado siglo, cuando decidí presentar mi candidatura a Director de esta escuela, mi principal motivación real era el poder un día ver mi retrato en esta sala, me abstuve prudentemente de decirlo en la campaña y me centré en temas menores, como el hacer funcionar la escuela y devolver el prestigio y la dignidad a la institución y al edificio que pasaban por entonces horas bajas.

Juan Miguel colaboró estrechamente conmigo en mi etapa de Director y ha podido ver en su período la culminación de algo que empezamos juntos; hemos pasado de la cola a la cabeza entre las escuelas de la Politécnica, diecisiete años de esfuerzo continuado, más violento en mi período y más hábil en el suyo (no todos somos iguales afortunadamente), creo que han marcado un hito en la historia reciente de la institución.

Cuando uno es colgado en esta galería, lo que podría hacer ya lo ha hecho, y queda sometido al juicio de la posteridad (al menos mientras la posteridad se acuerde de quién era uno). Los juicios no son absolutos, siempre está detrás la referencia de qué ha recibido uno al iniciar su mandato y qué deja al